

CATEDRA: Psic. Clínica de Niños y Adolescentes

SANDOR FERENCZI

Año: 2005

CAP: II "UN PEQUEÑO GALLO"

Biblioteca: Grandes Obras del Psicoanálisis

- 1- Erik H. Erikson: ÉTICA Y PSICOANÁLISIS
- 2- D. W. Winnicott: CLÍNICA PSICOANALÍTICA INFANTIL
- 3- D. W. Winnicott: EL NIÑO Y EL MUNDO EXTERNO
- 4- Karl Abraham: ESTUDIOS SOBRE PSICOANÁLISIS Y PSIQUIATRÍA
- 5- Erik H. Erikson: INFANCIA Y SOCIEDAD
- 6- Karl Abraham: PSICOANÁLISIS CLÍNICO
- 7- D. W. Winnicott: LA FAMILIA Y EL DESARROLLO DEL INDIVIDUO
- 8- W. R. Bion: VOLVIENDO A PENSAR
- 9- D. Meltzer: EL PROCESO PSICOANALÍTICO
- 10- Ernest Jones: VIDA Y OBRA DE SIGMUND FREUD. TOMO I
- 11- Ernest Jones: VIDA Y OBRA DE SIGMUND FREUD. TOMO II
- 12- Ernest Jones: VIDA Y OBRA DE SIGMUND FREUD. TOMO III
- 13- W. R. Bion: ELEMENTOS DE PSICOANÁLISIS
- 14- P. Heimann- S. Isaacs- J. Rivière: DESARROLLOS EN PSICOANÁLISIS
- 15- Sandor Ferenczi: SEXO Y PSICOANÁLISIS
- 16- Sandor Ferenczi: TEORÍA Y TÉCNICA DEL PSICOANÁLISIS
- 17- Sandor Ferenczi: PROBLEMAS Y MÉTODOS DEL PSICOANÁLISIS

SEXO Y PSICOANÁLISIS

Presentación de la edición castellana

Dr. Ángel Garma

FOTOCOPIADORA
 (54) CEHCE
 Clínica de niños
 Folio 38 S/F 1 D/F 2

VOLUMEN original
15

Grupo Editorial Lumen

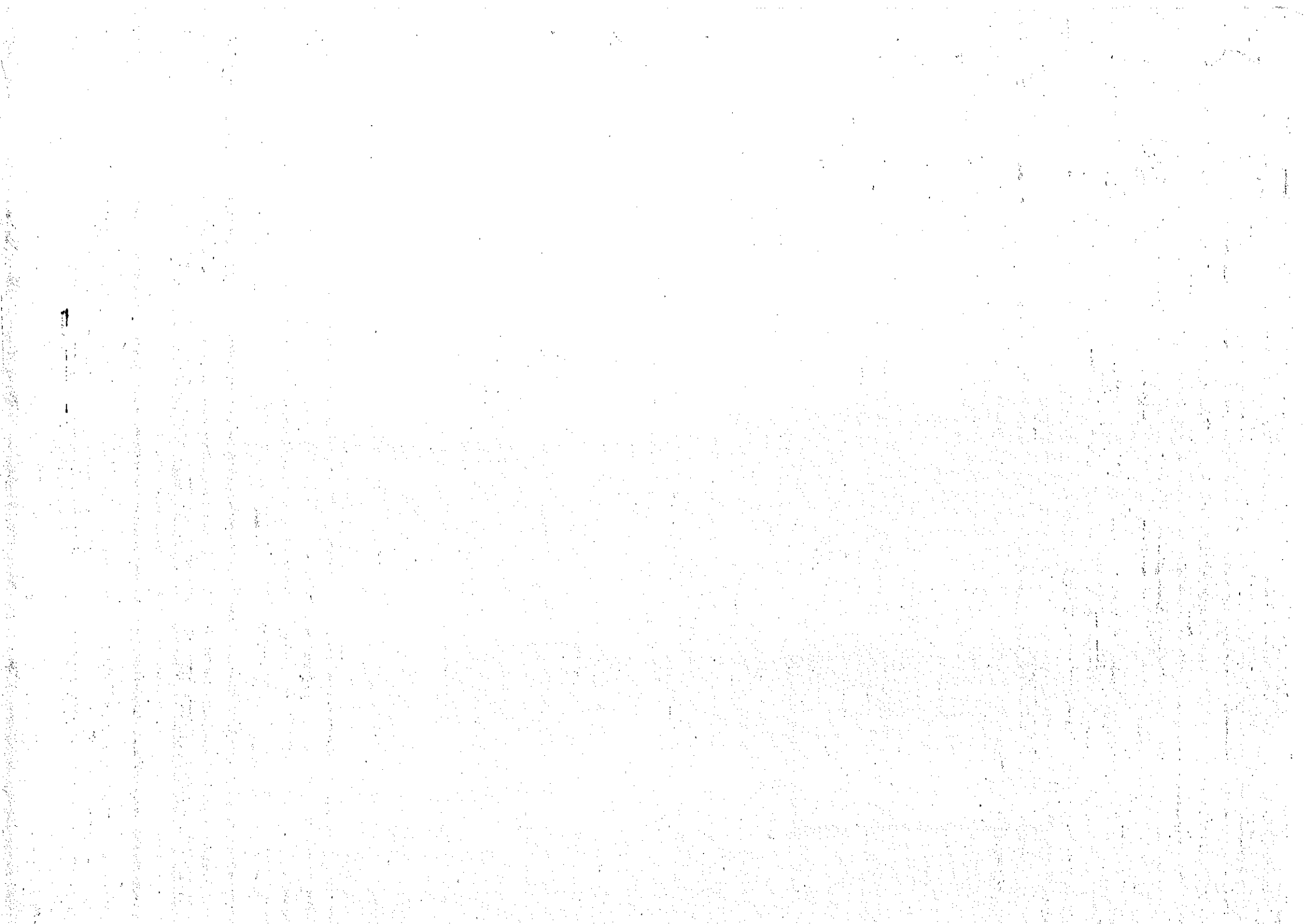
Horné

Buenos Aires - México

54

156

29



actividades y en nuestro conocimiento: en los cuentos se vive eternamente, se está en mil sitios a la vez, se prevé el porvenir y se conoce el pasado. El peso, solidez e impenetrabilidad de la materia obstruyen nuestro camino a cada momento; en los cuentos, sin embargo, el hombre tiene alas, sus ojos atraviesan las paredes, su magia abre todas las puertas. La realidad es una dura lucha por la existencia, en los cuentos de hadas bastan las palabras «tiéndase la mesa». El hombre puede vivir temiendo perpetuamente los ataques de peligrosas bestias y feroces enemigos; en los cuentos un gorro mágico permite todas las transformaciones y nos coloca rápidamente fuera de peligro. Qué difícil es en la realidad alcanzar el amor que puede satisfacer todos nuestros deseos. En los cuentos el héroe es irresistible o encanta con gestos mágicos:

De este modo los cuentos de hadas, mediante los que los adultos relatan gustosamente a sus hijos sus propios deseos insatisfechos y rechazados, realmente proporcionan una representación artística extrema de la situación perdida de omnipotencia.

CAPÍTULO IX

UN PEQUEÑO GALLO¹

Una ex paciente que mantuvo su interés en el psicoanálisis, llamó mi atención hacia el caso de niño, que supuso sería de interés general. Se trataba de un niño de cinco años llamado Arpad, cuyo desarrollo -según el informe unánime de sus parientes- hasta los tres años y medio había sido, tanto física como mentalmente, el de un niño perfectamente normal; hablaba fluidamente y demostraba considerable inteligencia.

De pronto cambió visiblemente. En el verano de 1910 la familia fue a un balneario de Austria donde habían estado el verano anterior y tomaron habitaciones en la misma casa que en aquella ocasión. Inmediatamente luego de arribar la conducta del niño cambió de modo curioso. Hasta entonces se había interesado en todo aquello que sucedía adentro o afuera que puede atraer la atención de una criatura; a partir de ese momento, sólo se interesó en una cosa: el gallinero ubicado en el patio de a casa. A la mañana temprano se apresuraba a ir al corral, observaba las aves con incansable interés, imitaba sus sonidos y movimientos, y lloraba cuando era sacado por la fuerza del gallinero. Incluso cuando no estaba allí no hacía otra cosa que cacarear y cloquear. Lo hacía ininterrumpidamente por horas, y contestaba a las preguntas sólo con esos gritos animales, de modo que su madre estaba seriamente preocupada porque el niño perdiese su capacidad de hablar.

Esta peculiar conducta del pequeño Arpad se mantuvo durante todo el veraneo. Cuando la familia retornó a Budapest volvió a hablar normalmente, pero su charla era solamente sobre gallos, gallinas y pollos, a lo sumo agregaba patos y gansos. Su juego habitual, repetido interminablemente todos los días era el siguiente: arrugaba el periódico modelando gallos y gallinas y los ofrecía a la venta; entonces, tomaba algún objeto

¹ Publicado en el Internat. Zeitschr. f. arztl. Psychoanalyse, 1913.

(generalmente un pequeño cepillo plano) llamémosle cuchillo, llevaba su «gallo» de papel a la piletta (donde la cocinera acostumbraba a matar las aves) y le cortaba el pescuezo. Mostraba cómo el gallo sangraba y con su voz y gestos hacía una imitación excelente de la agonía de su muerte. Cada vez que se ofrecían en venta las aves de corral en la calle, el pequeño Arpad estaba inquieto y no dejaba tranquila a su madre hasta que ésta compraba alguna. Quería presenciar cuando la mataban; sin embargo, tenía mucho miedo de los gallos vivos.

Los padres le preguntaban, en reiteradas ocasiones, por qué le tenía tanto miedo a los gallos, y Arpad siempre les relataba la misma historia: Una vez él se había metido en el gallinero y había orinado en un nido, luego de lo cual el gallo de plumas amarillas (a veces decía marrones) vino y le mordió el pene; Ilona, la sirvienta, le vendó la herida. Luego le cortaron el pescuezo al gallo y murió.

Ahora bien, los padres recordaban que este incidente había ocurrido el primer verano en el balneario, cuando Arpad tenía dos años y medio. Un día la madre había escuchado al pequeño chillando temerosamente y se enteró por la sirvienta que estaba asustado porque un gallo le había querido morder el pene. Dado que Ilona ya no estaba al servicio de la familia no se pudo tener certeza de si Arpad había sido lastimado realmente, o bien (como creía recordar la madre), sólo lo había vendado para calmarlo.

La parte curiosa de la cuestión era que los efectos posteriores de este acontecimiento se habían manifestado en el niño luego de un período latente de todo un año, en su segunda visita a la residencia de verano; no había ocurrido nada en el ínterin que sus padres pudieran atribuir como origen de esta repentina recurrencia del miedo a las aves de corral y de su interés por ellas. Sin embargo, no dejé que la naturaleza negativa de esta evidencia me impidiera hacerles - justificado por la experiencia psicoanalítica - la pregunta de que si durante este período latente, el niño no había sido amenazado con seccionarle su pene por haber estado jugando con sus genitales. La respuesta, dada de mala gana, fue en efecto que actualmente el niño era afecto a jugar con su miembro por lo que frecuentemente era castigado; que también «era posible» que alguien «bromeando» hubiese amenazado con cortárselo, y más aún, que Arpad tenía ese mal hábito desde hacía «mucho tiempo», pero que no sabían si durante el año latente ya lo tenía.

Resultó que en realidad Arpad no se había salvado de esta amenaza ni aun posteriormente, de modo que podemos considerar probable la si-

guiente suposición: la amenaza experimentada en el ínterin fue la que lo excitó tanto al volver a la escena de la terrible primera experiencia, en la que el bienestar de su miembro había estado en peligro de modo similar. Por su supuesto, no puede excluirse una segunda posibilidad: su primer temor había sido exagerado por amenazas de castración previas y la excitación al volver al gallinero debería ser atribuida a un aumento de la «libido» que había experimentado mientras tanto.

Desdichadamente ya no era posible reconstruir estas relaciones temporales y debemos contentarnos con las probabilidades de su conexión causal.

La entrevista personal con el niño no resultó notable ni anormal. Inmediatamente luego de entrar en mi consultorio, le llamó la atención un pequeño bronce de un gallo de montaña que se hallaba entre mis numerosos objetos. Lo tomó y me preguntó: «¿Me lo va a dar?». Le di un lápiz y un papel e inmediatamente dibujó un gallo (con cierta habilidad). Le pedí que me contara la historia del gallo. Pero ya estaba aburrido y quiso volver a sus juguetes. Dado que la investigación directa psicoanalítica era imposible, tuve que limitarme a lograr que la dama interesada en el caso, que era una vecina y amiga de la familia y que lo podía observar durante horas a la vez, anotase gestos y comentarios curiosos. De todos modos, pude establecer que Arpad era mentalmente despierto y talentoso, centrando estas características en el género de las aves de corral; Cloqueaba y cacareaba de un modo magistral; todas las mañanas toda la familia se despertaba temprano con un verdadero gallito vigoroso cacareo. A Arpad le gustaba la música, pero sólo cantaba canciones populares en las que aparecían gallos, gallinas o aves similares. Le gustaba especialmente la canción que dice:

«Debo correr a Debreczen
a comprar un pavo»

y también las canciones:

«Pollo, pollo, ven, ven, ven»

y:

«Bajo la ventana hay dos pollos
dos gallitos y una gallina».

Podía dibujar como ya lo anticipé, pero se limitaba exclusivamente a pájaros de largo pico, haciéndolo con una considerable habilidad. De este modo podemos ver la dirección en que él buscaba sublimar su interés patológicamente fuerte por estos animales. Finalmente los padres tuvieron que aceptar sus hobbies viendo que sus prohibiciones no servían de nada; le compraron varios pájaros de juguete hechos de un material irrompible con los que llevaba a cabo toda clase de juegos fantasiosos.

En general Arpad era un muchachito agradable pero muy desafiante cuando era reprendido o castigado. Difícilmente lloraba y nunca pedía perdón. Sin embargo, aparte de estos rasgos de carácter, no había rasgos de rasgos verdaderamente neuróticos. Se asustaba fácilmente, soñaba mucho (con aves por supuesto) y frecuentemente dormía mal (*pa-vor nocturno*). Sus curiosas acciones y dichos, que fueron anotados por la dama observadora, desplegaban un inusitado placer en fantasías sobre la cruel tortura de las aves de corral. Además de su juego típico imitando la matanza de las aves, debe agregarse que hasta en sus sueños sobre pájaros veía gallos y gallinas «muertas». Daré aquí una traducción literal de sus frases características:

«Me gustaría tener un gallo vivo desplumado» -dijo una vez espontáneamente. «No debe tener plumas, ni alas, ni cola, sólo la cresta y tiene que poder caminar así».

Una vez estaba jugando en la cocina con un ave recién sacrificada por la cocinera. De pronto fue a la habitación vecina, recogió unas pinzas de rizar de un cajón y gritó: «Ahora voy a clavar esto en los ojos ciegos del ave muerta». La matanza de aves era un festival para él. Podía bailar alrededor de los cuerpos de los animales por horas en un estado de intensa excitación. Otra vez, alguien señalando a un ave sacrificada le preguntó: «¿Te gustaría que volviese a despertar?». «No me gustaría un cuerno, lo volvería a matar yo mismo».

Frecuentemente jugaba con papas o zanahorias (que decía eran aves), cortándolas en pequeños trozos con un cuchillo. Difícilmente se le podía impedir que tirase al suelo un vaso que tenía aves pintadas.

Los afectos desplegados con relación a las aves, sin embargo, no eran simplemente el odio y la crueldad, sino claramente ambivalentes. Muy a menudo besaba y acariciaba al animal muerto o bien «alimentaba» a su ganso de madera con maíz, como había visto hacer a la cocinera; al hacerlo cloqueaba y piaba continuamente. En una oportunidad arrojó su muñeco de madera irrompible en el horno porque no lo podía destruir, pero luego lo sacó de inmediato, lo limpió y lo acarició. Las figuras de

animales de un libro suyo tenían peor suerte, las rasgó en pedazos y luego naturalmente no pudo volver a reconstruirlas y lo que lo disgustó.

Si tales síntomas fuesen observados en un paciente adulto insano, el psicoanalista no dudaría en interpretar el excesivo amor y odio concierne a las aves de corral como una transferencia de afectos inconscientes que en realidad se refieren a seres humanos, probablemente parientes cercanos, pero que fueron reprimidos y sólo pueden ser manifestados de este modo desplazado y distorsionado. Más aún interpretará el deseo de desplumar y cegar a los animales como simbolizando intenciones de castración, y considerará el síndrome total como una reacción del paciente a la idea de su propia castración. La actitud ambivalente le hará sospechar al analista que en la mente del paciente se balancean sentimientos mutuamente contradictorios; sobre la base de su experiencia tendrá que suponer que esta ambivalencia probablemente se refiere al padre, quien aunque honrado y respetado, al mismo tiempo es también es odiado a causa de las restricciones sexuales que impone severamente. En una palabra, la interpretación analítica sería: El gallo representaba en el síndrome al padre².

En el caso del pequeño Arpad podemos ahorrarnos la molestia de hacer una interpretación. El trabajo de represión todavía no era capaz de ocultar totalmente el significado de sus peculiaridades; la cosa original, las tendencias reprimidas todavía podían discernirse en su charla y más aún se hacía a veces evidente con sorprendente y abierta crudeza. Su crueldad también se denotaba con frecuencia respecto de los seres humanos, y a menudo estaba notoriamente dirigida contra la región genital de los adultos. «Te daré una en las heces, en tu trasero», gustaba decirle a un muchachito algo mayor que él. Más claramente dijo una vez: «Te corto por la mitad». La idea de cegar lo preocupaba muchas veces. En una ocasión le pregunto a su vecino: «¿Puede uno cegar a una persona con agua o con fuego?». (También estaba muy interesado en los genitales de las aves. En cada ave que era sacrificada tenían que aclararle el sexo, si era un gallo, una gallina o un pollo). Una vez corrió hasta la cama de una muchacha adulta y dijo: «Te cortaré la cabeza, la pondré en tu panza

² En gran número de análisis de sueños y neurosis la figura del padre es descubierta tras la de un animal. Véase Freud, *Schriften*, etc., cap. I y el *Internat. Zeitschr. f. Psychoanalyse*. El profesor Freud me ha dicho que en una de sus próximas obras en «*Imago*» hará uso de esta identidad para explicar el totemismo. (Ésta ha aparecido desde entonces en forma de libro bajo el título de *Tótem y Tabú*).

y la comeré». Otra vez dijo repentinamente: «Me gustaría comer una madre a la cacerola» (por analogía con ave a la cacerola); «tienen que poner a mi mamá en la cacerola y cocinarla; entonces sería una madre a la cacerola y yo la podría comer» (mientras gruñía y bailaba). «Le cortaré la cabeza y me la comeré de este modo» (haciendo la mímica de comer con cuchillo y tenedor). Inmediatamente después de sentir deseos canibalísticos de esta índole tenía un ataque de remordimiento, en el que masoquísticamente anhelaba crueles castigos: «Quiero ser quemado», decía; o «Romperme un pie y ponerlo en el fuego» o «Me voy a cortar la cabeza» o «Me gustaría cortarme la boca así no la tengo».

No cabe ninguna duda que por aves, gallos, pollos, él significaba su propia familia. Una vez dijo espontáneamente: «Mi papá es el gallo». En otra ocasión: «Ahora soy pequeño, ahora soy un pollito, cuando crezca seré un pollo, cuando sea más grande aún seré un gallo, y cuando sea el más grande de todos seré cochero». (El cochero que guiaba el carruaje le impresionaba aún más que su padre).

Luego de esta admisión independiente y no influida del niño, podemos comprender mejor la enorme excitación que le permitió observar incansablemente lo que pasaba en el gallinero. Allí podía observar convenientemente todos los secretos de su propia familia sobre los cuales no le era brindada ninguna información en su casa. Los «útiles animales» le mostraban abiertamente todo lo que quería ver, especialmente la continua actividad sexual entre el gallo y la gallina, la puesta de huevos y el nacimiento de los pollitos. Las condiciones de vivienda de Arpad sin duda le había permitido ser testigo auditivo de procedimientos similares entre los padres. Entonces tenía que satisfacer la esta curiosidad despertada de ese modo, observando insaciablemente a los animales.

También le debemos a Arpad la confirmación final de mi hipótesis acerca de que el terror morboso a los gallos debería rastrearse finalmente en la amenaza de castración por su onanismo. Una mañana le preguntó a su vecina: «Dime, ¿por qué muere la gente?». (Respuesta: Porque envejecen y se cansan). «¡Hmm! ¿Así que mi abuela también era vieja? ¡No! Ella no era vieja y sin embargo se murió. Oh, si hay un Dios ¿por qué siempre deja que me caiga y por qué la gente tiene que morir?». Entonces empezó a interesarse por ángeles y almas y se le explicó que sólo eran cuentos de hadas. Ante esta respuesta se puso rígido de miedo y dijo: «¡No! ¡Eso no es cierto! Los ángeles existen. He visto uno que lleva los niños muertos al cielo. Entonces preguntó horrorizado: «¿Por qué mueren los niños?». «¿Cuánto puede vivir uno?». Sólo con gran difi-

cultad se calmó: Resultó que ese mismo día temprano, la mucama había levantado sus sábanas repentinamente y lo había encontrado manipulando su pene, ante lo cual amenazó con cortárselo. La vecina trató de calmarlo y le dijo que no le harían ningún daño, que todos los niños hacían eso, ante lo cual Arpad gritó indignado: «¡No es cierto! ¡No todos los niños! Mi papá nunca hizo nada igual».

Ahora comprendemos mejor esa rabia inextinguible hacia el gallo que había querido hacer con su miembro lo que los adultos habían amenazado hacerle, y ese temor por ese animal sexual que se atrevía a hacer todo lo que le aterrorizaba; también comprendemos los crueles castigos que se aplicaba a sí mismo (a causa del onanismo y las fantasías sadistas).

Para completar el cuadro, comenzó a ocuparse considerablemente con pensamientos religiosos. Los judíos anciano y barbudos lo llenaban de una mezcla de respeto y temor. Rogaba a su madre que invitase a esos mendigos a su casa. Sin embargo, cuando realmente venía uno, se escondía y lo observaba a una distancia respetable; cuando uno de ellos se fue, se colgó cabeza hacia abajo y dijo: «Ahora soy un mendigo». Los judíos ancianos le interesaban decía, porque vienen «de Dios» (del templo).

Para concluir daré otra expresión de Arpad que demuestra que no había observado a las aves tanto tiempo en vano. Un día le dijo con toda seriedad a la vecina: «Me casaré con usted y su hermana y mis tres primas y la cocinera; no, en vez de la cocinera, más bien con mi mamá». Evidentemente quería ser un verdadero «gallo en el gallinero».